

XII

Muchos de nosotros, antiguos compañeros de colegio, llegaremos sin duda á ver el siglo xx. ¡Extraña idea! Comprendo que se pasará del 1900 al 1901, como se habrá pasado del 99 al 100 y como se pasa de éste al siguiente. Sin embargo, me parece que al despuntar el primer día del nuevo siglo se deberá experimentar la sensación del que, llegado á la cumbre de una alta montaña, ve ante sí nuevas tierras y nuevos horizontes. Me parece que en esa mañana se nos revelará algo imprevisto y maravilloso; que nos sentiremos sobrecogidos de cierto espanto al vernos tan cerca; que nos parecerá haber sido lanzados por una fuerza oculta de un borde á otro de un dilatado abismo.

¡Fantasías! Presiento lo que seremos en aquellos años, y no sólo lo presiento, sino que lo veo. Veo una sala con una chimenea á un lado, ó mejor dicho, muchas salas con muchas chimeneas, y muchos viejos delante del fuego, sentados en un sillón é inclinada la cabeza; pero más allá un velador con una luz en medio y alrededor un círculo de niños, que podrán ser hijos ó sobrinos y que en un momento dado se acercarán al padre ó al tío, diciendo en voz baja: «Está durmiendo;» y se ríen de la expresión grotesca que habrá tomado en el sueño nuestro rostro lleno de arrugas.

Y quizás entonces nos despertaremos; los niños nos rodearán y querrán que les contemos historietas de tiempos ya remotos, y nos preguntarán con viva curiosidad:

— Tío, ¿conoció usted al general Garibaldi?

— Papá, ¿ha tenido usted ocasión de ver de cerca al rey Víctor Manuel?



Abuelito, ¿tuvo V. ocasión de oír hablar al conde de Cavour?

— Abuelito, ¿tuvo usted ocasión de oír hablar al conde de Cavour?

— Ya lo creo, muchas veces.

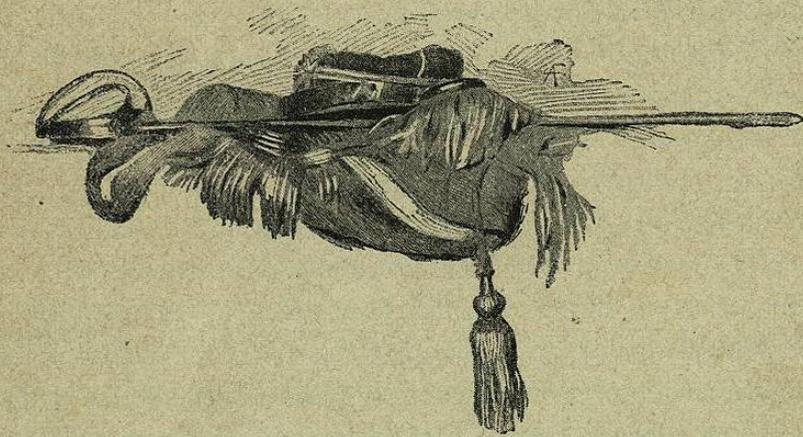
— Y dígame usted, ¿cómo eran? ¿Se parecían mucho á sus retratos? ¿Cómo hablaban?

Y les diremos muchas cosas, y poco á poco, recordando, contando, describiendo, nuestra voz adquirirá el antiguo vigor, y se nos encenderán las mejillas, y será para nosotros una gran satisfacción ver cómo brillan aquellos ojos vivaces, y cómo aquellas frentes inocentes se levantan con arrogancia y aquellas manecitas blancas hacen un ademán á cada pausa como para decirnos: «Cuenta usted más.»

¿Y quién sabe lo que entonces habrá sucedido en la faz de la tierra? ¿Será rey de Italia Víctor Manuel III? ¿Estarán los bersaglieri en Trento? ¿Será gobernador de Túnez algún amigo nuestro, empleado hoy en el ministerio de la Gobernación? ¿Habrá pasado Francia por otra serie de imperios, repúblicas, comunas y monarquías? ¿Habremos tenido la amenazadora invasión de los pueblos del Norte? ¿Habrá recibido también Inglaterra su varapalo? ¿Habremos probado un poco de Comuna? ¿Habrá nacido un gran poeta? ¿Se habrá reformado la Iglesia? ¿Se habrá rehecho Roma? ¿Tendremos aún ejércitos? ¿Qué seremos en nuestro país? ¿Qué habremos hecho? ¿Cómo habremos vivido?

¡Ah! Sea lo que quiera lo que suceda ó la suerte que nos espera, si hemos trabajado, amado, querido, las tardes que sentados en un sillón de brazos, en la galería de nuestra casa, á los últimos rayos de sol, pensaremos en nuestras familias, en nuestros amigos, en los montes y colinas, en los carnavales y en las islas del mar Tirreno con que soñábamos en el colegio, nos entristecerá la idea de tener que abandonar en breve tan-

tas almas queridas y una patria tan bella; pero también brillará en nuestro rostro esa sonrisa tranquila y serena, que es como la aurora de una nueva juventud y que endulza la amargura de la despedida con la tácita promesa: ¡No ha de ser para siempre!



CAMILA

I

Como una anciana señora de la ciudad de *** necesitase una criada, escribió á una amiga residente en una ciudad vecina rogándole que le enviara la suya, pues aquella amiga debía marchar en breve de Italia.

No se hizo esperar la contestación, que fué afirmativa. «La muchacha, decía la carta, saldrá mañana. No puedo dar á usted informes acerca de su familia, porque se ha negado á ello y yo no he podido proporcionármelos, pues ni siquiera ha querido decirme de qué tierra es. Si otra mujer se hubiese empeñado en guardarme ese secreto, le habría contestado: No me diga usted nada y vaya con Dios. Pero con esa joven no tuve tal resolución, pues me pareció desde luego tan buena, tan honrada y tan agradable, que hube de admitirla sin meterme en más averiguaciones. Quizás tenga que avergonzarse de sus parientes, y por eso no querrá que se los conozca. Sea de ello lo que fuere, estoy íntimamente persuadida de que ella no tiene la culpa de ese misterio. Se la envió á usted, pues, sin temor. Téngale alguna consideración, y ahórrele fatigas, porque está débil y enfermiza. Y además, sepa usted que es bonita.»

Llegó la joven, se presentó á la señora tímidamente, sonreía con agrado, gustó y quedó admitida. Se llamaba Camila. En realidad no era bella, sino simpática; un poco pálida y melancólica, y únicamente sonreía cuando le hablaban, por cortesía.

Desde los primeros días la señora procuró averiguar algo